

Los 35 hombres que llevaba yo rompieron tambien el fuego y á pesar de estar abanzando siempre los megicanos sobre la plaza. Entonces nos retiramos á la entrada de la plaza donde estaba la pieza de 16, que estaba cargada á metralla. Estando á 15 pazos el enemigo, se le disparó á boca de jarro el metrallazo, y debió de causarles tal estrago, que se retiraron detrás de las primeras casas de la plaza, y consiguieron ocuparlas por hallarse abandonadas por nosotros, que no podiamos guarnecerlas por falta de soldados.



DEFENSA

DE

Tampico de Tamaulipas,

EN LA NOCHE DEL 20

A MAÑANA DEL 21 DE AGOSTO DE 1829.

Yo me retiré con los 20 guías y 15 soldados y oficial á la casa fuerte de Castilla, que la guarnecian los 10 guías de los 30 que habian venido aquel día de la requisicion de ganado.

Hice que se distribuyeran los 45 hombres en las habitaciones del piso principal de la casa de Castilla y las azoteas, y ocupasen las ventanas que miraban á la entrada de la plaza, que sólidas por su construccion se habian apoderado los megicanos. Que una tercera parte de los hombres se empleasen sólo en cargar, y los demás en tirar, porque habia muchos fusiles de sobra. La muger de Castilla que era una escelente señora, y muy española en sentimientos, aunque nacida en el país, se ocupaba en desacer los paquetes de cartuchos y alargarlos, cartucho por cartucho, á los guías que se ocupaban en cargar los fusiles; en la misma operacion se ocuparon las hijas y criadas de Castilla, á escepcion de la guisandera que se ocupa de componer un escelente rancho, con los viveres que de su tienda nos suministró la misma señora.

Se atrancaron las puertas perfectamente, con trancas y tercios. El enemigo no podía llegar hasta la puerta de la calle, porque en la fachada de la casa, habia los cuartos bajos ó entresuelos con ventanas á la plaza y gradas y fuertes rejas de hierro, que sobresalian más de cuarta y media á la plaza, y desde donde se podía hacer un fuego de fusilería á

la puerta, barriendo á cuantos se aproximasen á ella, además de los disparos á las azoteas de las casas inmediatas.

El edificio sobre ser muy sólido, estaba aislado. La derecha de la casa que miraba al río formaba una verdadera escuadra. En ella había formado el dueño de la casa, un gran corral, para el ganado, las aves y los carros, estando cercado de una verdadera empalizada de machones y sobresalía á la plaza mas de media vara.

Ni el enemigo tiraba ni nosotros disparábamos un tiro. El enemigo estaba guarecido detrás de las primeras casas que miraban á la Barra, y estaba ocupado en reconocer todas las casas que no habíamos cogido nosotros y las azoteas más altas, para formar su línea de ataque en cuanto amaneciese. Esto me permitió descollarme por una ventana de la casa de Castilla que daba al corral y por su puerta entrar en el principal.

Este edificio era bajo, pero muy estenso, porque delante tenía la puerta de la fachada á la plaza, y por detrás daba al río Pánuco, que le bañaba. No sé si servía á los megicanos de Aduana ó de Alhóndiga, pero de lo que me acuerdo es que pertenecía al Ayuntamiento. Estaba desocupado á nuestra llegada, y metimos en aquel local y sus extensos almacenes, los cajones de pólvora y batería de cañon, cajones de fusiles y otros pertrechos de guerra; y era el verdadero principal militar del gobierno y la guarnición megicana, antes que ocupásemos á Tampico.

Su Gobernador, D. José Salomon, estaba sereno é impávido, echado en un colchon sobre el suelo, rodeado de algunos soldados y oficiales, atormentado de los dolores reumáticos y creo que de gota.

Se alegró de verme, y yo tambien tuve el mayor placer, porque me compadecía de ver sufrir tanto á aquel venerable anciano. «No tenga V. cuidado, tranquilícese V., que yo velo por la defensa de Tampico, y cumpliré la palabra que he dado al Brigadier antes de su salida para Altamira. Yo quisiera que Vd. se trasladase, ahora que no hay fuego, á la casa de Castilla, que está á dos pasos de aquí, y que se acostase en una buena cama, cuidado por la señora dueña de la casa, porque el sitio en que está V. es muy húmedo, y esta humedad no hace más que recrudecer sus dolores reumáticos.» «No, gracias, mi amigo Aviraneta; aquí estoy en el lugar que debe

ocupar un verdadero militar, y el Gobernador de una plaza en los instantes de ser atacada por el enemigo.» Me preguntó: «¿qué se ha hecho el enemigo que ya no dispara un tiro? «El los disparará pronto, le respondi. Está ocupado en reconocer las casas que nosotros no hemos podido guarnecer. Está reconociendo el terreno de que esta nos apoderados »

«¿Y qué se hace del cañon que está en la plaza?» me volvió á preguntar Salomon. «Está en el mismo sitio; soy de opinión de que lo abandonemos, porque para nada nos sirve, y los artilleros que los guardan, van á ser fusilados. Yo le quisiera tener en el corral de Castilla, pero ¿quién mueve una pieza de su peso, con una cureña sin ruedas, como hecha para ser colocada en batería como la Barra?» «Pues embié V., me dijo el Gobernador, á alguno con orden á aquellos pobres artilleros para que se retiren. Vamos. ¿quién quiere marchar á llevar la orden á los artilleros?» preguntó á los soldados el Gobernador. Todo el mundo calló, porque era irremisiblemente la muerte. La misión era sumamente peligrosa, por tener que atravesar toda la plaza, andando cien pasos á pecho descubierto para llegar á la pieza, que distaba veinte pasos de la casa que ocupaban los megicanos, aunque no tiraban como he dicho antes. Se presentó un jóven de 22 años, simple paisano, empleado en la Hacienda militar de la Division, apellidado López de Letona, creo que natural de Cadiz, y sobrino carnal del Comisario de Guerra de aquella plaza, el Sr. López de Letona, y dijo: «Mi Coronel, si no hay quien vaya, iré yo.»

Efectivamente, se admitió aquella espontánea propuesta del jóven patriota, y se le despachó y llegó donde estaba la pieza. Los artilleros se resistían á abandonar la pieza, y convencidos de las razones que les espuso, y el peligro que corrían de ser fusilados, se decidieron en retirarse al principal, y le dijeron á Letona: «antes de abandonar la pieza, es preciso que la descarguemos contra aquellos bultos» que estaban á 15 pasos de ellos. Cogieron la mecha y prendieron fuego al cañon; no se necesitó más para que comenzasen las hostilidades. Las azoteas que ocupaban los megicanos se convirtieron en un balcon de fuego, y por ventanas, balcones y azoteas, las nuestras rompieron igualmente el fuego.

Una columna enemiga salió de una callejuela y trató de abalanzarse á la pieza, mas la guardia que defendía el Hos-

pital le salió al encuentro, é hizo retirar al enemigo á la bayoneta. Los artilleros volvieron á cargar y disparar otro tiro de metralla, que disparó contra los megicanos que, á pecho descubierto, atacaban por la callejuela y se batian con la guardia del hospital militar. Los enemigos que ocupaban las azoteas, cerca de la pieza de á 12, concluyeron por matar á un artillero y herir á otros dos, y Letona se vió precisado de retirarse, con los que quedaron, al principal.

Esto sucedía á la una y media de la mañana, con una fusilería infernal. Los guías de la casa de Castilla parecía que arrojaban un balcón de fuego con la continua fusilería que vomitaba por la azotea y ventanas, y contra ella precisamente asestaban la mayor parte de sus tiros el enemigo, á cuyo frente daba la fachada de la casa de Castilla. El fuego se generalizó horrorosamente.

Regresados los artilleros, fui con ellos y cuatro soldados á la espalda del edificio que ocupaba el principal, donde teníamos anclada una flechera armada de un cañoncito de á 4.

Lo hice desarmar y conducir á la casa de Castilla, por el corral y ventana de la casa, y mandé subirlo á la azotea y los artilleros con todas las municiones, con orden de que empustrasen la mejor que pudiesen la pieza.

Y con el comandante de la flechera encargué á el de la cañonera, que se situase próximo al alojamiento del Brigadier y cañonease sus avenidas, para que el enemigo no pudiera ocupar el edificio donde estaban depositados todos los papeles del Brigadier, del Estado Mayor y casi la totalidad de los equipages de los gefes y oficiales. El bizarro comandante de la cañonera cumplió exáctamente el encargo que se le dió, y á él se debió que se hubiese salvado todo cuanto contenía el edificio, alojamiento del Comandante General de la Vanguardia.

Me despedí del anciano Sr. Salomon, recomendándole que se mantubiese en el principal con la puerta cerrada y bien atrancada, y si por casualidad se viese embestido el edificio por el enemigo por la puerta trasera, se refugiasse en la flechera y de allí en la lancha cañonera. Y en cuanto á los soldados, pudieron retirarse con facilidad al corral de la casa de Castilla.

Por el mismo corral subí á la casa, y encontré á todos muy animados y tirando sin cesar. Entre los guías habia buenos

tiradores y cazadores de profesion. Subí á la azotea y hallé el cañon bien empotrado entre dos machones y cuñas para subir y bajar la punteria. Todos ardian en deseos de que se hiciese la primera descarga. El alférez Belza, artillero práctico, mandó cargar, y dirigiendo la punteria á la azotea de los megicanos, donde veíamos más número de gente, se disparó el primer tiro de metralla, hizo estragos en la gente que lo guarnecía, en términos que abandonaron ese punto, porque no tiraron más de ella. La guardia del hospital prorrumpió en vivas y aclamaciones, porque hallándose cerca de la azotea enemiga, vieron el estrago que habia causado el primer cañonazo.

Se volvió á cargar el cañon tambien con metralla, y se disparó á la azotea de la casa inmediata, y causó el mismo estrago y abandono de ella. El fuego de fusilería que hacian era ya muy débil y esto hizo que nuestra gente descansase. Veíamos luz en una de las casas ocupadas por el enemigo, y distintamente gente que andaba al rededor de la luz. Hice cargar el cañoncito con bala rasa, y el oficial que dirigia el cañon tuvo tal tino y acierto en la puntería, que encajó la bala dentro de la habitacion, que por el estruendo que hizo un espejo y un mueble, conocimos el estrago, y se apagó la luz ó la apagaron los megicanos. Mas tuvimos la desgracia de que se reventase el cañon.

A las dos y media de la mañana se redobló la fusilería, y observando el enemigo que no tirábamos más cañonazos, infirió la verdad de que se nos habia inutilizado la pieza. Llenaron de nuevo las azoteas de nuevos tiradores y vomitaban descargas cerradas y fuego graneado. De la casa de Castilla dirigiamos sin intermision el fuego de fusilería, por el sistema de cargar unos y descargar otros, que parecia doble gente la que realmente teniamos.

Hasta el amanecer siguió el fuego de una y otra parte. Un sargento de guías bajó á la cocina donde estaba yo tomando una taza de café y una copa, y reservadamente me dijo: «que un comandante de caballería estaba desanimando y graduando de temeraria la defensa que estábamos haciendo.» Subí á la azotea con una pistola en mano, y me encontré con el comandante Don Ramón M^a Arroyo y en cuanto me vió, calló. «¿Qué tal, muchachos,? les pregunté. ¿Hay valor?» «Si, señor, hasta vencer ó morir.» «Cuidado con desanimarse ni dar

oidos á los que hablen de capitular; y si alguno por cobardía se atreviese á proferir semejante palabra, plántenle Vds. un tiro.» En cuanto oyó esta frase el comandante Arroyo, se escurrió de la azotea y se bajó al principal.

En la misma azotea había un jóven vestido de paisano como de edad de diez y seis á diez y siete años, que se batía con heroicidad con una carabina, haciendo fuego sin cesar, parapetado en la azotea. Este valiente jóven se apellidaba Macías, y creo que era sobrino del General Don Francisco Narváez, conde de Yumurí, que más adelante estuvo y se batió en la guerra civil de Navarra, en defensa de los derechos de la Reina y la Constitución, ascendiendo á Coronel y posteriormente á Brigadier y General.

Yo me encerré en un cuartito de la casa con mi Secretario, el Sr. Capitán de Caballería Oteiza, y le dicté una breve carta al Brigadier Barradas, diciéndole el estado de la defensa, y que acelerase la marcha, para salvar el cuartel general, porque advertía desánimo en algunos para prolongar la defensa y al mismo tiempo conatos de entiviar el valor de los otros. Le remitía un croquis de la parte de la poblacion donde existía el ataque y defensa, y que sin entrar en la poblacion debía encaminarse por la orilla de la laguna de Carpintero, al desembarcadero del Humo, y que de este modo, cortada la retirada, caerían prisioneros el General Santa Ana y toda su tropa. Escribí un billete al Cónsul Inglés, para que le facilitase al Indio, hermano del otro que había despachado antes á Barradas, el caballo que sabía tenía. Se lo facilitó, y recomendándole yo la mayor diligencia, partió inmediatamente para Altamira. Le entregué una de mis pistolas cargada y metí dentro de ella el parte, advirtiéndole al Indio que si se veía apurado, porque le persiguiese el enemigo en el camino, disparase la pistola al aire para inutilizar el parte.

El comandante Arroyo, que había bajado al principal, representó al Gobernador Salomon lo difícil de las circunstancias; que la gente de la Castilla se iba desanimando y que estaba sumamente fatigada, y que había visto con el antejo una nueva columna de megicanos que desembarcaba en el Humo, y que sería la mayor temeridad prolongar la resistencia, y que era llegado el momento de poner la bandera de Parlamento y obtener una capitulacion honrosa. El honrado coronel Salomon le autorizó, sin consultarme primero según le

había prevenido el Brigadier Barradas, para que enarbolase la bandera de Parlamento en lo alto de la azotea.

El comandante Arroyo, ofuscado como estaba, ató en una bara un pañuelo blanco, y sin reparar en el peligro que corría, se fué al medio de la azotea y donde estaba el cañon reventado, fijó el pendon blanco: apenas acabó de afianzarlo y se puso en pie, una bala enemiga le tendió en la azotea, muy mal herido. El fuego cesó de parte de los enemigos y en nuestro puesto sucedió lo mismo.

Yo, que estaba animando á la gente en la habitacion del cuarto principal de la casa de Castilla, quedé sorprendido de la novedad, ignorando el motivo y lo mismo que los guías que los guarnecían, noté que bajó precipitadamente el sargento y me participó la verdadera causa, y al mismo tiempo vi que bajaban al herido, llenando de gritos la casa.

Al comandante de los guías le previne que se mantubiese en sus puestos, y no permitiese abrir las puertas que daban á la plaza, mientras yo iba á verme con el Gobernador Salomon.

Me descolgué de la ventana y pasé al principal. Al Gobernador le hallé tendido en su colchon y atormentado de dolores. Me atreví á preguntarle: «Qué ha hecho V?» Se echó á llorar, y agarrándome las manos, me dijo. «¿Qué quería V. que hiciese? El comandante Arroyo me manifestó que todo estaba perdido; que el enemigo, con nuevas fuerzas que desembarcaba en el muelle, nos iba á cercar por todas partes, y que seríamos pasados á cuchillo. Que no había otro remedio para salvar la vida, que capitular honrosamente.»

Señor de Salomon, le dije: «Tranquílcese V. y levántese. Iremos á ver á Santa Ana, y le pediremos una suspension de hostilidades para recoger los heridos de los dos campos, y alimentar los de nuestro hospital, y con esto daremos tiempo á que llegue la division, que no debe estar lejos.»

Los comandantes de los puestos estaban en la puerta principal á recibir órdenes del Gobernador. «No hay más órdenes que dar á Vdes., que el que cada uno vuelva á su puesto y que no permitan bajar ni salir á ningun soldado á la plaza y abandonar las azoteas, cuya defensa les está á Vdes., encomendado. El Gobernador y yo, vamos á ver al General enemigo, no para capitular, sino para suspender las hostilidades, curar los heridos y enfermos del hospital.»

Cojí del brazo á Salomon, y paso á paso nos encaminamos á casa del Cónsul Inglés. En el camino encontré al coronel Castrillon, ayudante de Santa Ana, y le dije: «Vamos el Gobernador y yo al consulado Británico y puede V. decir á su general, que vaya tambien allí donde le esperamos.»

El cónsul inglés, era un exelente sujeto, nos recibió muy bien, y le manifesté el objeto de nuestra ida, suplicándole mandase sacar toda la fiambre que tubiera, dulces, conservas, café, té, vinos, licores y cigarros habanos. Dió las órdenes, y los criados llevaron una gran mesa de jamones, lenguas ahumadas, pastelillos, vinos de diferentes clases, Ron de Jamaica y otros licores. A Salomon le dije: «Usted no hable nada, á pretesto de su edad y enfermedades: déjeme V. á mí, yo les arreglaré todo.»

Un cuarto de hora despues, apareció en el consulado, el General Santana con un Estado Mayor numeroso, pues pasaban de treinta personas, la mayor parte de ellos amigos ó conocidos míos desde Veracruz.

Santana nos recibió muy bien. Supuse que vendrían hambrientos y que su mayor número eran borrachines. Les partí jamón y lenguas, y les hice beber Jerez y Oporto, por lo menudo y largo. Comieron y bebieron en grande, y algo más de lo regular, y hablaron de todo menos del artículo de la capitulacion. El cónsul mandó servir el té y café con abundancia y veían Ron y anisete de Burdeos como si fuese agua, y muchos de los megicanos me abrazaban. Observé que Santa Ana comía poco y que no bebía sino agua y vino.

De este modo les entretuve hora y media, hasta que Santa Ana dirigiéndose á Salomon y á mí, nos dijo: «se hace tarde; vamos á estender la capitulacion hacia los términos más favorables hacia Vdes.» Me levanté y le dije: «¿Qué es eso de capitulacion, mi General? Capitulacion, no; suspension de hostilidades es lo que venimos á pedir, para recoger los heridos de ambos campos, y curar y alimentar los enfermos y heridos de nuestro hospital militar.» Santa Ana replicó, diciendo: «Toma, eso es otra cosa; hubiéralo V. dicho en un principio.» Yo le repuse: «¿Cómo quiere Vd. que capitulemos: somos setecientos hombres, soldados escogidos, con municiones y viveres para un año. El fuego con que hemos recibido á Vdes., garantiza mi verdad. El Gobernador Salomon no tiene facultades del Comandante general de la Vanguardia para

capitular. Si á Vd. le parece, le añadí, podemos pasar á Altamira el coronel Castrillon, su ayudante de campo y yo, á consultar este punto, y acaso el Sr. Brigadier Barradas se avendrá á que en virtud de una capitulacion, toda la division se reembarque para la Habana.» El coronel Landero tomó la palabra y dijo: «Aviraneta piensa racionalmente, y creo que Vd., debe conformarse con su propuesta, mientras tanto se suspende todo género de hostilidades.» Santa Ana se conformó con el dictámen del coronel Landero apoyando mi proposicion, y me dijo: «pueden Udes. marcharse, Castrillon y Ud. á Altamira, escoltados con una partida de caballeria, y yo doy á Ud. caballo en que haga el viage.» Todos se conformaron con este parecer. Salomon se marchó á su principal de la plaza, y yo estaba á punto de montar á caballo, y la escolta y el coronel Castrillon iban á llegar.

Cuando de repente se presentó á todo escape un capitán de caballeria megicano, que estaba de observacion en las afueras de Tampico, gritando á toda voz: «Mi General, el enemigo está encima; marcha á la izquierda de la Laguna del Carpintero, á apoderarse del embarcadero del Humo.»

En un momento todos los Coroneles y Gefes megicanos salieron á la calle, y yo me quedé con Santa Ana. Este me preguntó: «¿Qué es esto, Aviraneta; qué significa ésto?» «Lo natural, le respondí. Hemos estado batiéndonos ocho horas largas, y por el rio Pánuco se ha debido oír en Altamira ó sus inmediaciones, la trepidacion del cañon de á 24 de la cañonera. Además, ayer envíe un parte al Brigadier sobre la llegada de Ud. á Pueblo Viejo, y esta mañana en el momento y más reñido del combate, le he expedido dos avisos para que acelerase la marcha, y segun le he indicado en el segundo parte, debe haber ocupado el estero de San Francisco y el embarcadero del Humo; y si así es, son Udes. prisioneros.» Me dió la mano y se marchó hacia la Plaza y camino del Humo.

Nuestras tropas, ó un batallon de la division entraban en Tampico, y yo me dirigia á la plaza pasando por aquella mezcla de megicanos y soldados españoles, cuando llegaba al principio de la plaza, llegaba tambien á ella el Brigadier Barradas al gran trote, y luego que estuvo cerca de mí le llamé y paró el caballo. «¿Qué esto, Aviraneta?» me pregunto. «Mi Brigadier, que son prisioneros Santa Ana y sus tropas. En-

ciérrase Ud. en el principal, sin dar oídos al general enemigo.» Tomó el trote y se marchó en aquella direccion. Nadie mandaba. Un tiro que se hubiera disparado en aquel momento se hubiera dado principio á un encarnizado combate; todas las apariencias mostraban que se iba á comenzar. Me cogieron entre dos fuegos, es decir, en el intermedio de las bayonetas mexicanas y españolas, y no tuve otro remedio que meterme con cuatro soldados en una casa, cuya puerta estaba abierta; mandarla cerrar, subir á la azotea que la guardaban catorce soldados con un sargento, que la habian defendido la noche anterior. El oficial se hallaba á la sazón, á esperar órdenes en el principal.

Desde la azotea observaba cuanto pasaba en la plaza: los oficiales megicanos exhortaban á sus soldados que no tirasen y que conservasen el mayor orden y disciplina, hasta que el General comunicase las suyas. Estaban impacientes.

Había un gran silencio, que duró media hora. Al cabo de este término vimos llegar la columna de megicanos con direccion al Humo, y abanzar nuestras tropas al último límite del Pueblo. Bajé de la azotea y me dirigí á la Plaza.

Estaba en ella el Gefe del Estado Mayor y diferentes oficiales reunidos, los que me refirieron lo sucedido. El astuto Santa Ana se fué al consulado de Francia con varios de sus gefes, y por medio del cónsul llamó á una entrevista á Barradas, que acudió inmediatamente, y allí acordaron dejar libre el paso del Río á los megicanos, en virtud del armisticio ó suspension de hostilidades, y que pudieran pasar libremente á Pueblo Viejo, sin ser molestados por nuestras tropas.

A su paso del pueblo de Tampico por el estrecho del Humo, los megicanos asesinaron á dos granaderos de nuestra tropa, á sangre fria y con la mayor alevosia. Este acto de felonía enfureció á nuestros soldados que quisieron vengarlos, atacando á los megicanos, pero el Gefe del Estado Mayor y los oficiales contuvieron la tropa.

Despues de una marcha forzada de siete horas, en el rigor de la Estacion, habiendo visto los soldados burladas sus esperanzas de esterminar las tropas megicanas por la torpeza de su Comandante General, se llenó de coraje y desanimó al mismo tiempo.

Tenían á la vista los cadáveres megicanos, sembrados por las calles y azoteas, y la habilidad con que yo habia maneja-

do los asuntos y preparado un dia de triunfo completo, y todos me elogiaban.

Redacté un parte muy sencillo de la accion de Tampico, que firmó el Gobernador Salomon y que se imprimió el dia siguiente, y se encontrará en mis papeles uno ó más ejemplares. Se omitió con cuidado lo ocurrido con el comandante Arroyo, que fué la causa y motivo principal de la falsa posicion en que nos encontramos, pues ha haber continuado el fuego hasta la llegada de la division, es decir, dos horas más, era inevitable y aun infalible el ataque, derrota y prision de Santa Ana y sus tropas.

Antes de haber salido de Tampico los soldados de Santa Ana, se apoderaron de varios equipages pertenecientes á oficiales de nuestra division. Barradas creyó conveniente oficiar á Santa Ana reclamándolos, y la comunicacion se la dirigió á Pueblo Viejo, por medio de un Parlamento. La contestacion fué remitir cuatro harapos viejos, sucios y llenos de miseria. Se vió desde luego la manifiesta burla que hacia de nosotros el general megicano. No hubo más remedio que callar y sufrir la ignominia.

Desde el alojamiento del General, que dominaba todo el campo enemigo y Pueblo Viejo, con mi buen anteojo inglés observaba todos los movimientos del enemigo. Vi que bajaban por el pueblo al campo enemigo su artillería y que principiaron á trabajar sus trincheras, sin que nosotros pudiéramos impedirselos porque careciamos de cañones. Las baterías de que se ocupaban distaban de nuestro campo un tiro de fusil, y estaba de por medio el caudaloso río Pánuco.

El Brigadier Barradas á quien comuniqué mis observaciones y el inminente peligro que corriamos, convocó á Junta de Gefes y se hizo llamar de la Barra al coronel Vázquez que se presentó al instante en Tampico. Se celebró la reunion aquella misma noche, y en ella Barradas hizo presentes mis observaciones de aquel dia, en el campo enemigo. Se acordó en dicha Junta el que se construyese una bateria enfrente de la que levantaba el enemigo frente á nuestro campo, y que al efecto se trasladasen los cañones del fuerte de la Barra, añadiendo la pieza de á doce, que teniamos en Tampico; pero pregunté al gefe de Estado Mayor si teniamos municiones. Se llamó al Capitán de artillería y nos respondió que no había más municiones de cañon que doce cartuchos y no se habló más.